

# La Novela Film

Núm. 34

30 cts.



*Cuando sonríe el peligro*  
por Edith Johnson y William Duncan

# LA NOVELA FILM

Redacción ( Cortes, 651  
Administración ( BARCELONA

Año III

N.º 94

## Cuando sonríe el peligro

(WHEN DANGER SMILES, 1922)

Interesante cine drama, marca VI  
TAGRAPH, interpretado por los es-  
tupendos artistas americanos

**EDITH JOHNSON**

— y —

**WILLIAM DUNCAN**

Concesionario "T R U F I L"

J. Llatjós Prunés

Atocha, 94 MADRID

Rambla S. José, 27  
BARCELONA



## CUANDO SONRÍE EL PELIGRO

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En las solitarias extensiones de Nuevo México, barridas por el aliento abrasador de los vendavales, la población, bastante dispersa, solía reunirse al pie de las colinas cuando la reclamaban sucesos de general atracción. Tal acontecía aquella noche, en uno de los bares, donde el baile era el señuelo de mayor seducción para la juventud de los ranchos.

Raimundo Chapman, que viajaba por el Oeste como representante de una compañía minera, necesitaba de una diversión que le librara del tedio de su soledad. Montado en su caballo, acudía veloz hacia la fiesta.

Muy cerca del baile, la casa de don Francisco Caravalle, viejo aristócrata de origen español, levantaba sus grises muros. Para Florencia, la hija del hidalgo, que vivía como encastada en la hacienda paterna, el baile era cosa prohibida y como tal doblemente deseable. Llegaba hasta ella el eco de la música, y llevada de un sentimiento de repentina curiosidad, cubriéndose el rostro con una mantilla y procurando no ser vista, abandonó sigilosamente su mansión para acercarse al lugar de la fiesta.

No era su propósito entrar en el local, sino contemplar desde sus ventanas la algarabía interior. Llegó muy cerca del bar, y como no se atreviese a tomar parte en el baile, temerosa de la reprimenda paterna, quedó en pleno campo, danzando sola a los acordes de aquella música infernal, girando en armonioso vuelo su interesante personita.

Iba Raimundo Chapman orondo y satisfecho, saboreando ya el encanto de aquella noche, cuando se detuvo sorprendido al contemplar a una mujer que, completamente sola, danzaba como la mejor bailarina. Interesado por el espectáculo y sintiendo también él unos enormes deseos de bailar, se apeó del caballo, cogió a la desconocida por la mano y comenzó a danzar con ella un movido y rítmico paso de vals. La muchacha, cuyo rostro iba cubierto, dejando ver únicamente los hermosos ojos, se detuvo, favorablemente impresionada por la audacia del joven.

—¿Por qué deja de bailar, señorita?... ¡Si lo hacemos maravillosamente!... ¡No será que se haya cansado usted tan pronto!...

—Es usted muy atrevido, señor —contestó ella entre enfadada y risueña—. ¿Quién le autorizó?

—Su gracia sin par, señorita. Es usted encantadora. ¡No recuerda usted haberme visto antes?

—No, señor americano, no tengo la menor idea de ello.

—Haga usted memoria y recordará que nos hemos visto otra vez... aquí mismo, hará unos



tres minutos... ¡Y hasta hemos bailado juntos!...

Ella celebró la gracia del muchacho y dijo:

—Usted es un hombre decidido... y simpático. Pero a mí no me está permitido continuar aquí.

Quiso marcharse, pero Raimundo, encantado por la aventura, le respondió:

—Para un hombre decidido y una muchacha que tiene esos ojos que Dios le ha dado a usted, no hay más que una forma de despedirse: un beso.

—De ninguna manera, señora... Buenas noches...

—No se vaya usted... La retendré a usted prisionera... y un beso será el precio de su libertad... Ya que no quiere mostrarme su lindo rostro...

Florencia comprendió que si no pagaba el rescate tendría que permanecer toda la noche prisionera, y temiendo que su padre notara su ausencia, contestó con una sonrisa de resignación y sin que le disgustara la gallardía del muchacho:

—Y si yo pago ese precio... ¿me dejará usted marchar sin seguirme los pasos?

—Convenido... No la seguiré...

Pues cierre usted los ojos...

Y acercó por dos veces a los labios de Raimundo uno de sus finos dedos que previamente había ella besado, y el muchacho sintió en su boca el roce de aquella piel suave y cariñosa.

Luego Florencia emprendió rápida carrera

hacia su hogar, mientras Raimundo la llamaba sonriente.

—Yo solamente pedí a usted uno... Venga y le devolveré el que me ha dado de más...

Pero ella ya no le oía, y Chapman, lamentando que la aventura hubiera acabado tan de prisa, se dirigió al bar.

Rondaba por las cercanías una partida de



*...acercó por dos veces a los labios de Raimundo uno de sus finos dedos...*

bandoleros, que, sabedores de que uno de los concurrentes a la fiesta acababa de cobrar una importante cantidad en el Banco, acechaban el momento oportuno para atracarla.

En efecto, el administrador de uno de los ranchos, llevando un saquito lleno de dólares, salió del bar y dijo a Jaime Barker, uno de



los colonos más respetables de la localidad:

—Llevo demasiado dinero para dejarlo por aquí. Iré a guardarlo a la caja del almacén.

—Es lo mejor que puede usted hacer.

Los bandidos escuchaban con atención y siguieron espiando al administrador que dejó a Barker para conversar con otros amigos.

Raimundo Chapman llegó ante el bar y viendo a Jaime Barker le saludó con la amistad de dos antiguos compañeros. Eran las suyas viejas relaciones de familia. Raimundo era siempre huésped de Barker en sus viajes a la región.

El muchacho explicó detalladamente a su amigo lo que le acababa de ocurrir con la desconocida.

—Desde luego, todo era broma, juego paritil... pero ella me ha parecido algo así... como... en fin, no encuentro la palabra adecuada.

—Si no te explicas mejor, quedo en ayunas.

—Quiero decir, que la chica debe tener una cara de las que asustan al miedo. No la tararía si fuera hermosa.

Allá tú con tus creencias, Raimundo... pero si la muchacha es la que yo pienso, estoy seguro de que al verla perdías el habla.

—¿Quién cree usted que es, amigo Barker?

—Si a mí me ocurriera esto, teniendo tu edad, no sería tan cómodo, y me daría el placer de averiguarlo por mí mismo.

Desde el bar, uno de los hombres llamó a Barker, y Raimundo quedó solo. Se disponía éste a su vez a penetrar en el local, cuando sus ojos contemplaron asombrados una brutal agresión que, no lejos de allí, se realizaba.

Ante la puerta del almacén y cuando el administrador se disponía a encerrar el dinero cobrado, tres facinerosos le atacaron traídonamente, derribándola. Raimundo, sin vacilar un instante, llevado de sus sentimientos de justicia, lanzóse contra los criminales y de un soberbio puñetazo hizo morder polvo a dos de ellos. Arremetió ya contra el tercero, cuando levantándose uno de los bandidos, con la culata de su revólver le dió tan formidable golpe en la cabeza que cayó al suelo sin sentido. Los ladrones huyeron, cometida su fechoría.

A los pocos momentos, Raimundo volvió en sí, se levantó y, sin noción de la realidad, miró con ojos estúpidos el rostro del administrador herido. Nada comprendía, su cerebro estaba envuelto en sombras. El golpe había sido tan rudo que había perdido la memoria. Se alejó, vacilante, en dirección al campo, sin comprender por qué se hallaba allí.

Una de las mujeres del bar descubrió el cuerpo del administrador y después de ser éste auxiliado convenientemente, los hombres de los ranchos vecinos emprendieron la persecución de los malhechores.

Don Francisco Caravalle, padre de Florencia, era uno de esos hidalgos de vieja estirpe para quienes el honor es la religión suprema. Aquella misma noche sostenía en su despacho una interesante conversación con Jacobo Holnar, uno de los hombres más influyentes de la localidad. La gran preocupación de don Francisco era su hija, la muchacha se aburría en



aquel ambiente monótono, y su padre deseaba verla casada cuanto antes.

—Mi hija está ya en la edad de contraer matrimonio y quisiera casarla...

El semblante de Jacobo mostró un profundo interés ante tales palabras y siguió escuchando religiosamente.

—No me importa mucho quien sea su marido, me basta con que sea hombre de honorabilidad y pueda llevarla a ver mundo... No se resigna ella a estar siempre aquí...

—Eso me parece de perlas, señor Caravalle. Yo la llevaría a donde quisiera ir... Yo sería un buen marido...

—Creo que, efectivamente, es usted un pretendiente aceptable...

Florencia, que había regresado de su entrevista con Raimundo, escuchó desde el pasillo la conversación, y meditó tristemente sobre la forma en que se trataba su boda sin contar para nada con su corazón. Retiróse a su cuarto desconsolada. Aquel Jacobo Holnar le era antipático, repugnante. Estaba ensimismada en sus pensamientos, cuando el rumor de unos pasos, como caminar débil, la empujó a asomarse al patio.

¡Cuál no sería su sorpresa al ver que pasaba, con la cabeza ensangrentada, el joven desconocido que había bailado con ella!... ¡Oh, estaba herido! Raimundo lo miraba con ojos inexpressivos, y ella, llevada de repentina piedad, le obligó a entrar en la casa, y en su habitación le curó la herida con sus manos pulcras y virginales.

Los hombres del bar que habían salido en

persecución de los criminales preguntaron al dueño de una cabaña cercana si había visto pasar a algún sospechoso. El propietario les contestó que acababa de ver a un hombre que parecía dirigirse a la hacienda del señor Caravalle.

Llegaron los perseguidores ante la casa de don Francisco, saliendo éste a recibirlos y negando que se hubiera ocultado nadie en su mansión. Holnar despidióse de Caravalle, después de haber sonreído muy amablemente a su "futuro suegro".

Practicado un registro infructuoso por el patio y el jardín, el "sheriff" y su escolta se retiraron, presentando sus excusas a don Francisco. Este se encontraba verdaderamente satisfecho. Iba a tener por yerno a Holnar, un hombre de gran influencia y del que se hacía mucho caso. Quiso continuar tan grata nueva a su hija.

Florencia se hallaba en su habitación con Raimundo, al que acababa de lavar la herida.

—Mi cabeza está vacía... todo me parece confuso... todo me extraña.

—Cállese usted—dijo la joven—. Oiga pasos...

Era Caravalle, que llamaba a poco a la puerta.

—Te traigo noticias sorprendentes, hijita.

—¿No podrías guardarlas para mañana?

—Como quieras, pero voy a anticiparte algo. Nuestro buen amigo Holnar quiere dar realidad a los sueños que tanto tiempo acaricias. Se casará contigo y te llevará a las grandes



capitales del mundo... Nueva York, París, Londres...

—Gracias, papá—contestó ella tristemente.

Don Francisco se alejó, y Raimundo, que había escuchado la conversación, dijo con voz entrecortada:

—Si usted existe... realmente... no puede casarse con nadie... Yo amo a usted y usted ha de ser mi esposa...

Ella le miró sonriente y agradecida. ¡Era tan amable y simpático aquel joven!

—Pero... quién sabe... acaso no es usted más que un sueño... una flor de luna...

—¿Por qué dice usted eso?—contestó la muchacha con una mirada amorosa.

—Porque creo, florecita de luna, que hemos nacido el uno para el otro... yo volveré... y reclamaré a usted para mi amor.

Ella escuchaba halagada por el lenguaje. Como viese que Raimundo se disponía a partir, le preguntó:

—¿Se encuentra usted bien?... ¿Está su cabeza equilibrada?...

—Sí; todo está perfectamente... con usted a mi lado... Ya tuve la dicha de hallar mi flor de luna...

La joven, sintiendo por vez primera el amor, acompañó a Raimundo hasta la puerta y escuchó de sus labios:

—Es usted hermosa y buena... Volveré...

Pero una vieja sirvienta habiendo observado que del cuarto de la señorita salía un hombre, corrió a comunicárselo a don Francisco. El viejo salió al encuentro de su hija, cuando la muchacha acababa de despedir a Raimundo.

—Ocultando a un hombre en nuestra casa nos has cubierto de deshonra... El mismo Holnar te despreciará. ¿Quién va, después de esto, a casarse contigo?

Pero ella, mirándole con sus hermosos ojos, reflejo de una conciencia tranquila, respondió:

—Soy yo quien comienza a despreciar a Holnar... Mi amor es del que se acaba de ir, para volver a reclamarme muy pronto...

—¿Y quién es ese hombre? ¿Cómo se llama?

—Pues, la verdad, no me he acordado de preguntárselo...

—¿Será el que perseguían?... (Qué imprudencia!...

Florencia encerróse en su habitación, mientras el padre paseaba nervioso lamentando no haber detenido a aquel "intruso".

•••

A pesar de su aturdimiento, Chapman había sabido encontrar el camino de la casa de Jaime Barker. Segura atontado, como si el golpe le hubiera hecho perder la noción de lo ocurrido.

Explicó a Jaime lo que le había pasado:

—Hay unas horas, no sé cuántas, de las que he perdido todo recuerdo... Sólo conservo el del momento que recibí el golpe y el que entré aquí...

—¿No estabas dormido?

—Creo que encontré una muchacha en un jardín o en una habitación... Todo ello, vago, impreciso... ni idea tengo de su rostro...



—Fantasías, a lo mejor has estado soñando debajo de un árbol...

—Acaso tenga usted razón, Barker...

Al siguiente día, el señor Caravalle iba a buscar el consejo de Jaime Barker, cuyo claro criterio reconocía y admiraba. Después de hablar de la agresión de la noche anterior y de que habían sido detenidos los criminales, Caravalle dijo:

—Deseo que mi hija se case... y ella rechaza las proposiciones de Jacobo Helnar...

—No sería yo quien le reprochara por ello... ¿Por qué no pone sus ojos en un hombre joven?... Precisamente tengo yo uno de huésped...

—¿Usted?

—Sí. Un muchacho honrado y con un porvenir brillantísimo... Digno hijo de sus padres, a quienes tengo gran afecto...

Y le mostró un retrato de Raimundo. Don Francisco lo contempló con cierta satisfacción. ¡Pues no parecía desagradable el joven!

Salió en aquel momento de su habitación, Raimundo Chapman, ágil y ya perfectamente equilibrado, pero sin recordar en lo más mínimo cuanto había sucedido la pasada noche. Barker les presentó y Caravalle, que había adivinado en él un futuro yerno, le dijo amablemente:

—Para mi hija y para mí sería un verdadero placer ver a usted por casa...

—Agradezco mucho su invitación, señor...

Caravalle era hombre decidido, y dispuesto a casar a su hija, explicó con toda tranquilidad

ad a Raimundo las buenas condiciones económicas en que él se hallaba.

—Permítame indicarle que cuando se case mi hija, llevará una dote importantísima como no suele darla ningún padre...

Raimundo se sonrió... Empezaba a comprender...

Pero Caravalle, para borrar el efecto que estas palabras habían podido causar en el ánimo del joven, se apresuró a aclararlas:

—Pero esto es una sorpresa... Le juro que estaba lejos de pensar en el matrimonio. De todos modos, le esperamos a usted.

—Pasaré a ofrecerle mis respetos...

—¡Ah! mi hija es además de una encantadora amabilidad.

—Bien—dijo Jaime Barker—, mi amigo tendrá gran complacencia en visitarlos.

Despidióse don Francisco, contento de haber buscado otro novio para su hija, y al llegar a casa, dijo a Florencia, humillada todavía por la escena de la noche anterior:

—Si Helnar se entera... de tu falta, no te querrá... Pero yo he conocido hoy a un joven y le he pedido que venga a casa.

—Mi corazón es de otro...

—Harás lo que te mande... Para decidirle a visitarnos le hablé a ese joven de tus excelentes cualidades... y de tu dote.

—¿Y la dote le interesó?

—Naturalmente, no hay hombre a quien no interesen esas cosas...

Una mueca de repugnancia se asomó a los labios de la joven.

—¿Y qué tipo tiene ese desprendido galán?



—Precisamente me ha quedado su retrato. Fíjate...

La muchacha palideció al contemplar la fotografía... ¡El hombre que ella había curado y que le prometió amor, pactando un matrimonio de intereses! ¡Qué asco!... Tentada estuvo de romper el cartón, pero le contrajo la presencia de su padre:

—¿El... este hombre... ha pactado sobre mí, contigo?

—Como pactar... ha sido una simple conversación sin entrar en detalles.

—¿Acaso ese hombre me ha visto alguna vez?

—No, creo que no. Lo que te ruego es que cuando venga, seas amable con él, y le trates con tu natural dulzura.

—¡Ah, el infame! ¡Florencecia deseaba darle el merecido castigo! ¡Pactar sobre ella como si se tratara de una mercancía!

Aquella tarde, Raimundo Chapenán fué a casa de los Caravalle... únicamente porque había prometido ir... No le interesaban las proposiciones de don Francisco...

—¿El señor Caravalle no está?—dijo entrando en el despacho—. Pues bien, voy a darle una nota.

Se sentó y escribió una cartita, agradeciendo a don Francisco sus buenas intenciones, pero declinando el honor.

Florencecia se presentó en el despacho. Estaba furiosa, indignada...

—¿Es usted la hija del señor Caravalle?—preguntó Raimundo.

La imagen de aquella mujer no le traía el

menor recuerdo. Bajo la influencia del golpe, todo lo acontecido aquella noche estaba borrado de su imaginación.

—¿Y usted es un hombre que se casaría por una dote?—preguntó ella—. ¡Un hombre que compra el amor de una mujer a peso de oro!

—Se engaña usted, señorita—dijo Raimundo, sorprendido por la intemperancia de la joven—. En esa nota ya he rechazado la proposición de su señor papá... y crea usted que me alegro de haberlo hecho así.

—¿Es usted el hombre más indigno que he conocido en mi vida?... ¡Farsante, embustero!

Furiosa, comenzó a tirar libros y objetos sobre él... Raimundo estaba asustado. ¡Vaya geniecillo que se trata la niña!... ¡Aquello era peor que una suegra de mal carácter!

—Acuséjale a su padre que se busque un yerno vestido de hierro, sordo y mudo. ¡Buenas noches!

—No vuelva en su vida a pisar estos umbrales. ¡Ingrato! ¡Ingrato!

Raimundo bajó más que de prisa la escalera temiendo una nueva agresión. ¡Pues estaba fresco el señor Caravalle con una fierecilla así!

Jacobo Holnar, enterado por la vieja sirvienta, de que Florencecia había ocultado un hombre en su habitación, no dió a ello la más mínima importancia. El quería casarse con la hija de Caravalle porque le seducía la estupenda dote. ¡Nada más! Ahora que para de-

fendería, hombre de pocos escrúpulos, no reparaba en medios.

Fue a visitar a Florencia que se hallaba en el jardín, con la criada. La muchacha, impaciente al escuchar sus vulgares galanterías y deseando vengarse de Raimundo, le dijo:

—¿Qué sería usted capaz de hacer para que yo fuera su esposa?



—¿Qué sería usted capaz de hacer para que yo fuera su esposa?

—¡Todo!

—¿Hasta lo que yo le pida?

—¿Qué hay que hacer, señorita?... ¡Soy su esclavo, su muñeco! Mande y obedeceré.

—Pues bien... se trata únicamente de castigar a un hombre osado... El señor Chapman,

que un día me hizo el amor, en su primera visita a esta casa me insultó...

El odio brilló en los ojos de Holnar. Deseaba aplastar a su rival, aniquilarla.

—Esté usted confiada, señorita. Vengaré la ofensa. Y si le castigo, entonces...

—Entonces... me casaría con usted.

Aquella misma noche, Holnar ensayaba un



La velada transcurría agradablemente, jugando a los naipes.

método de su propiedad para castigar a Raimundo. Estaba en casa de Jaime Barker. La velada transcurría agradablemente, jugando a los naipes. Entre los jugadores hallábase Chapman a quien la suerte parecía favorecer.

Holnar, ocultando dos cartas de la baraja, las escondió en una de las polainas de Rai-



mundo que, ajeno a la baja maniobra, jugaba con la mayor tranquilidad.

Cuando terminó la partida, que había resultado beneficiosa para Raimundo, Holnar contó las cartas, y sorprendido, al parecer, exclamó:

—En esta baraja faltan dos cartas que alguien ha escondido...

¿Es posible?

¿Cómo?

Todos se miraban, interrogándose, pareciéndoles absurdo que entre ellos hubiera un tramposo.

Holnar comenzó a mirar por el suelo, siguiéndole Jaime Barker en este movimiento. Los ojos de Barker se fijaron con asombro en las polainas de Raimundo, en cuyo borde aparecían las dos cartas.

—¡Un huésped mío haciendo trampas bajo mi propio techo!— exclamó furioso Jaime.

Raimundo quedó paralizado por la emoción. Su asombro no tenía límites: ¿Cómo se encontraban aquellas cartas allí?

—No crea usted, Jaime, que esas cartas las oculté yo.

—¿A qué venir con excusas ahora? ¿Es que no tengo yo ojos en la cara?

Holnar callaba, sonriente. Raimundo sintió deseos de lanzarse contra Jaime, pero el recuerdo de la vieja amistad le detuvo, y exclamó:

—Cuando usted reflexione sobre esto, Barker, se retractará del agravio que acaba de hacerme.

—No tengo de qué retractarme. Mañana co-

jerás tu equipaje y te marcharás de mi casa.

Holnar se reía, viendo deshonrado a su rival... Raimundo, mirándole, le dijo:

—Usted estaba sentado cerca de mí... usted...

Por un momento parecieron querer agredirse los dos hombres, pero luego, Raimundo, con un gesto de desprecio, dejando el dinero que había ganado sobre la mesa, añadió:

—¡Se acabó... Al diablo ustedes... y su dinero!

Y marchó a su habitación, furioso por la vil calumnia...



Florencia Caravalle, aquella noche, demostró que no necesitaba la ayuda de Holnar contra Raimundo Chapman. Odiaha terriblemente al hombre que se había burlado de ella. ¡El infame!... ¡No hablar para nada de su curación!... ¡Y luego, seguir injuriándola, tratándola como a algo que se compra!

Raimundo se había encerrado en su cuarto. Le había disgustado la escena del juego, y sintiéndose melancólico, viendo confusa en su mente la imagen de una mujer, escribió una larga carta a su antiguo amigo. Levantóse para secar la tinta al calor de la luz de gas, cuando por el espejo de enfrente vió que alguien entraba en su habitación y le amenazaba con un revólver. Apagó la luz y se aprestó a defenderse. Pero la sombra que había entrado en el cuarto, encendió una lamparilla eléctrica, y a su escaso fulgor reconoció Raimundo a Florencia Caravalle.



—¡Usted!—dijo sorprendido, al propio tiempo que abría de nuevo el gas—. ¡La hija de Caravalle, aquí!

Ella, con un gesto tranquilo y frío, le respondió:

—Necesito hablar con usted, señor.

—Si ha venido aquí con motivo de ese casamiento, sugerido por su padre, sepa que esas razones—dijo señalando el revólver—no cambiarán mis ideas.

—¿Qué me importa a mí ese casamiento?... Lo que vengo es a exigirle una explicación por su impertinente visita.

—Lamento las cosas que le dije entonces, pero me recibió usted con unas frases tan duras, de una forma tan agresiva...

—Culpa de usted fué todo. Yo protegí a usted dándole refugio en mi casa, cuidándole cuando estaba herido.

—No comprendo...

—Usted me dijo que me amaba, que volvería a reclamarme... y yo creí a usted... confié en sus promesas.

—Pero, señorita...

Raimundo se perdía en un mar de confusiones.

—Volvió usted, es verdad — siguió ella —; pero su actitud para conmigo no fué de amor, sino de desprecio.

Aumentaba el asombro de Raimundo. Poco a poco, volvía el recuerdo a los linderos de su imaginación, evocándole todas las escenas de aquella noche.

—Entonces... no fué un sueño... Había realmente una muchacha en un jardín... ¡Usted!

Yo tuve la dicha de estrecharla en mis brazos...

—Y vea cómo pagó mi comportamiento.

—¡Oh, señorita! Nada recordaba, se lo juro... Tenía una idea confusa... Mire qué carta estaba escribiendo.

Florencia cogió el escrito y leyó:

*Cree que estoy enamorado de una sombra, de una mujer fantasma... Vino a mí cuando mi cabeza estaba aturdida por la agresión criminal... seguro estoy de que aquella dulce criatura no existe, pero yo siento como...*

—¡Perdóneme, Florencia!—exclamó el joven.

Era culpa de su memoria. No se acordaba de nada. Después de la agresión de que lo habían hecho víctima los bandidos, una negra sombra se cernía sobre su recuerdo. Y él la amaba, porque fué tan buena... tan dulce...

—¡Y yo—gimió Florencia, enternecida— que pedí a Holnar que castigara a usted! Fué el precio que le puse para acceder a su petición de matrimonio...

—¡Ah! ¡Holnar dice usted? Comprende perfectamente... Pero este asunto corre de mi cuenta... Yo llevaré a usted ahora a su casa, y mañana haré saber al señor Caravalle quién va a casarse con su hija.

Ella, enamorada, risueña, le preguntó:

—¿Está usted bien de la cabeza... esta vez?

—Ahora no hay engaño... Todo mi corazón es para usted.

Y la acompañó a su casa. Florencia se despidió, entrando en sus habitaciones sin que nadie se aperechiera de su escapatoria.



Como el primer accidente preparado por Holnar no diera el pleno resultado apetecido, el rival de Chapman reanudó su trabajo. Y a la siguiente mañana, en compañía de otros dos sujetos, acercóse a la casa de Barker. A través de las ventanas vió a un hombre vuelto de espaldas que le pareció ser Raimundo. Sin meterse en otras averiguaciones, apuñaló traicioneramente al infeliz...

Al desplomarse la víctima, Holnar comprendió su error. ¡Había matado a Barker!

—Me equivoqué — rugió—. ¡He matado a Barker! ¡Sacadlo inmediatamente!

Y entre los tres, cogieron el cuerpo exánime del pobre hombre, emprendiendo misteriosa huida.

Unas horas más tarde, los asesinos que habían concertado un plan para perder a Chapman, presentaron al *sheriff* la evidencia de un crimen.

—Acabamos de hallar esto en unas matas. Es la americana de Barker...

El *sheriff* contempló la prenda ensangrentada.

—También hemos encontrado en la orilla del río el cuchillo de Chapman a quien Barker sorprendió anoche haciendo trampas en el juego. Es evidente que éste, en venganza, le ha asesinado.

Mientras tanto, Raimundo Chapman demostraba a Florencia que su cabeza funcionaba normalmente. Hablaba al señor Caravalle de

qué clase de sujeto era Holnar, cuando éste, que acompañado del *sheriff* le había seguido para detenerle, se presentó en la habitación.

—Si ustedes lo han olvidado—dijo con ironía— les recordaré que yo tengo que jugar en esta partida. Y que a mí no se me desbancan tan fácilmente...

—Usted no tiene nada que hacer aquí. Váyase—dijo Florencia.

—No tan aprisa, señorita. Dentro de un momento van a ocurrir aquí cosas sensacionales...

El *sheriff* entró violentamente, y amenazando con su revólver, exclamó:

—¡Manos arriba, Raimundo Chapman! ¡Queda usted arrestado!

Raimundo hizo lo que se le ordenaba y contestó:

—¡Arrestado ya! ¡Por qué causa?

—Por el asesinato de Jaime Barker...

—¡Su amigo asesinado! ¡Qué horror!

—Pero se debe tratar de una equivocación.

—Equivocación o no, ya lo probará usted ante los jueces.

El señor Caravalle miraba enfurecido a Raimundo. ¡Y a un asesino le había otorgado confianza! Holnar no cabía en sí de gozo... Florencia, ante su estúpida risa, le dijo:

—¡Algo tiene que ver usted con ese crimen, señor Holnar!

—¡Yo?... Pregunte a Raimundo, que es el asesino.

Pero el muchacho no quería ser detenido injustamente. Aprovechando un momento de paralización, derribó de dos soberbios puñeta-



zos al *sheriff* y a Holnar, emprendiendo veloz carrera. Saltó por una valla trasera, subió al caballo que había dejado cerca de allí, y huyó hacia donde no llegara la persecución de sus enemigos.

La fuga fué tan rápida que todos quedaron un momento paralizados por la sorpresa.

\* \*

Ofrecida una recompensa por su captura, Chapman permaneció oculto en una cabaña hasta que la necesidad de alimento le impulsó a tomar una atrevida resolución.

Quedamente, procurando no ser visto, dirigióse a casa de Florencia, y saltando por una puerta excusada, subió a una galería, penetrando en la habitación de la joven. Florencia dió un grito de sorpresa al reconocer a Raimundo, pero éste, entregándole un papel, le dijo:

— Esto te dice dónde estoy escondido... eso es que me necesites.

— ¡Oh, Raimundo! ¡Cuándo serás libre y aparecerás ante mí sin miedo a nadie!... Pero ahora... vete, si no quieres que te cojan... Yo te llevaré la comida.

Raimundo, después de cambiar breves palabras con la mujer que amaba, adoptando idénticas precauciones abandonó la casa, refugiándose en su escondite.

Apenas había transcurrido una hora, cuando Florencia, deseosa de remediar la triste situación del muchacho, se dirigió a la cabaña que estaba allí cerca, con un cesto de provisiones.

— ¡Oh, gracias... adorada!... ¿Cómo pagarte esto?

— Este revólver es de mi padre. Guárdalo hasta que puedas huir... o deshacer la terrible acusación que sobre ti pesa.

Iba a emprender el regreso, cuando los dos, desde la ventana, observaron el campo, viendo con dolor a un hombre, que armado con un



— Eso te dice dónde estoy escondido... eso es que me necesites.

fusil se acercaba a la casa.

— Me han seguido... ¡Ya saben dónde estás!

Detrás de aquel hombre iban varios, que, al ver a Raimundo en la ventana, le intimaron a que se rindiera.

Iba Raimundo a aprestarse a la resistencia,



pero viendo junto a él a Florencia, temiendo por su vida, gritó a los perseguidores.

—Dejen que la señorita se vaya... y entonces vengan a cogerme...

Los hombres del *sheriff* accedieron a que la joven se alejara. Raimundo y Florencia concertaron en un momento su plan para salvarse.

—Usted sabe que se da un premio por mi captura, y me ha hecho su prisionero para ganarlo. ¿Entendidos?

Florencia contestó con una mirada de complicidad y pusieron en práctica su plan.

Saló de la caballería Florencia apuntando con su revólver a Raimundo, y llamó al *sheriff* y a sus hombres. Estos quisieron lanzarse contra el joven, pero ella les contuvo:

—Yo cogí a este hombre, señor *sheriff*... y yo debo llevarlo hasta la prisión.

—Buscando los billetes del premio, ¿eh? Siempre me pareció que ponerse a luchar con mujeres es hacer el necio. Bien, le entrego a usted su prisionero.

—¡Pues adelante!

Montaron todos a caballo. Abrió la marcha Raimundo. Tras él, siempre apuntándole, iba Florencia y luego el *sheriff* y su escolta. Al llegar a un estrecho desfiladero, de una anchura de un metro escaso, Florencia, volviéndose de repente, apuntó a los hombres del *sheriff*, diciendo:

—¡Alto ahí! ¡Que no se mueva nadie! ¡Fúgnese, Raimundo!

Raimundo no se hizo repetir dos veces la

orden y emprendió veloz carrera hacia la libertad.

—¡Enloqueció usted! —gritó el *sheriff*—. ¡Suelte el arma! ¡Está usted detenida!

—Espere cinco minutos y soy su prisionera—contestó ella tranquilamente.

El *sheriff* se daba a todos los diablos. Cuando pasó el tiempo transeúrido, Florencia se



—Ya cogí a este hombre, señor *sheriff*... y yo debo llevarlo hasta la prisión.

entregó:

—¡Ahora puede usted detenerme, *sheriff*!

—Ha cometido usted un delito y responderá de él. ¿Qué va a decir su señor padre?

El *sheriff* ordenó que fuesen a casa de don Francisco. Cuando llegaron, Caravalle estaba conversando con Holnar, el cual pretendía con-



vencarlo de nuevo de la honorabilidad de sus pretensiones.

El *sheriff* comunicó a Caravalle la extraña conducta de su hija.

— ¡Desgraciada! ¿Qué has hecho?

Florencia callaba. Una sonrisa alegre iluminó el rostro de Holnar.

— Confiame a mí su custodia, *sheriff*.

— Gracias — respondió Florencia volviéndole la espalda —. Prefiero diez años de cárcel...

Don Francisco pidió y le fué concedido guardar la joven prisionera en su propia casa. Y ordenó que fuese encerrada en su cuarto, bajo llave.

Pero Raimundo, no queriendo dejar expuesta a las iras de Holnar aquella encantadora mujer, había vuelto, y encaramándose por la ventana, entraba de nuevo en la habitación donde estaba prisionera Florencia.

— Ya tengo preparada la huida, pero no me voy solo... Tienes tú que venir conmigo.

— ¡Pero cómo... si estoy encerrada!

— Confía en mí... arréglate en seguida... Nos vemos.

Preparaban la huida cuando la vieja sirvienta se acercó al cuarto para llevar la comida a la "señorita". Pero Holnar, saliendo a su encuentro, dijo que él mismo cuidaría de tal menester.

Entró de improviso en la habitación, sorprendiendo a Florencia con Raimundo que iban a huir.

— De saber que Florencia tenía compañía, hubiese traído comida para dos — dijo riendo.

— Basta de ironías — contestó Raimundo,

empuñando su revólver — ¡Alto ahí! ¡Quítese usted el cinturón! ¡Me hace falta para atar a usted!

Pero cuando Holnar, rabioso, fué a entregarle el cinturón, blandiéndolo furiosamente, dió con él sobre Raimundo, obligándole a que soltara el revólver. Entre los dos hombres comenzó una lucha feroz.

El señor Caravalle, oyendo ruidos en el cuarto de su hija, penetró en él, y al ver a dos hombres que luchaban a brazo partido, salió al balcón reclamando auxilio.

A los pocos momentos, varios individuos de la escuadra del *sheriff* que aun permanecían ante la casa, impidieron que siguiera la brutal lucha. Pero Holnar, loco de rabia, gritó:

— ¡Ese es el tipo que mató al pobre Jaime Barker! ¡Se contentarán ustedes con encerrarlo!

Azuzaba a la multitud.

— ¡Cárcel! De ningún modo, mientras haya árboles y enredos que atar a los enellos de los bandidos.

Y cogiendo entre todos al infeliz lo arrastraron afuera, poseídos por el ardor brutal de la justicia popular. En balde Florencia pidió piedad; no la oían, sin otra voz que la de la venganza.

— ¡A ahorcarlo! ¡A ahorcarlo! — gritaba Holnar...

Don Francisco sintió una honda repugnancia. El era un caballero y odiaba el instinto bárbaro de la multitud.



Entretanto, ante la taberna de la población, se presentaba al *sheriff* un individuo que, al ser reconocido, le hizo exclamar con sorpresa:

—¿Cómo, usted, Barker?

—Sí, ya, el propio Barker que busca el escondite de un criminal...

—¿No salgo de mi asombro, le creíamos muerto!

—Alguien me vacunó durante mi sueño y me ha tenido oculto en una choza de la montaña. ¡Sé que esto ha sido hazaña de Holnar!

Hasta ahora todos creíamos que Chapman era el enipable. El propio Holnar le había acusado.

—No se contenta por lo visto con asesinar... Yo he de vengarme. Quiero poner al alcance de mis balas a ese bandido de Holnar.

En aquel momento, Florencia, que había abandonado su casa, llegó al lugar donde se encontraba el *sheriff*, y le dijo:

—Holnar y sus hombres han cogido a Chapman y van a ahorcarlo.

Montaron todos a caballo. Galopaban temerosos de no llegar a tiempo de salvar al joven. Holnar había ordenado que atasen a Raimundo, cuyas cuerdas serían arrastradas por un caballo desbocado. Con una sonrisa miserable, aquel hombre que odiaba a su rival, exclamó:

—¿Quiere usted que salga alguna declaración de su pecho, antes que le enviemos con los ángeles?

—Sí, ¡que se vayan ustedes al infierno!— contestó Raimundo sin perder la serenidad ante el momento de la muerte.

Azuzaron al caballo, que salió a galope arrastrando consigo al infeliz.

Florencia y sus hombres, que iban en auxilio del inocente, vieron el horrible castigo que le inferían y la joven se dispuso a cortar de



—¡A ahorcarlo! ¡A ahorcarlo!— gritaba Holnar.

un tiro la cuerda que le ataba al caballo.

Apuntó firme y segura: la bala podía ser la libertad para Chapman; jerrada unos milímetros sería la muerte!

Pero la Providencia estaba de su parte; el disparo partió la cuerda, y mientras el caballo seguía corriendo, Raimundo, inmóvil en el

suela y desvanecido por el sufrimiento, era socorrido por la abnegada mujer.

A la vista del *sheriff* y de un hombre, que se dirigían contra Holmar, éste quiso huir, pero la bala justiciera de Jaime Barker puso fin a la existencia del malvado.



Volvió la paz turbada unos días. Don Francisco autorizó la boda de Florencia con Raimundo Chapman. Y unos días después, en el jardín, los novios hablaban el lenguaje eterno del amor.

—¿Y tú me llevarás a ver el inmenso Océano, las góndolas, las alegres muchedumbres, las luces radiantes? — preguntaba Florencia con un mohín cariñoso.

Yo sé dónde te he de llevar... ¡a la gloria! — contestó Raimundo, apretándola contra su corazón.

FIN



**PRÓXIMO NÚMERO**

La interesante novela de la  
**PARAMOUNT**

*Un hombre  
indomable*

**PROTAGONISTA JACK HOLT**

POSTAL REBALOI: ROD LA ROCQUE

PRECIO: 30 CÉNTIMOS

32 PÁGINAS

16 FOTOGRAFÍAS

LA NOVELA FILM se pone a la venta en to-  
dos los kioscos de España todos los martes

SU REVISTA PREFERIDA SERÁ

?????

EDITADA POR

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

**COLECCIONE USTED**

*LA NOVELA INTIMA  
CINEMATOGRAFICA*

BIOGRAFIA de ARTISTAS de la PANTALLA